

## SUMARIO

**TEXTO:**— *La mujer. Contestación á un amigo*, por Antonio de P. Moreno.— *Ecós de España escritos para «El Album de la Mujer»*, por Evelio del Monte.— *Revista Parisiense*, por Carolina de la Peña.— *Desde Madrid*, por Evar.— *Las flores*, por Juan de D. Peza.— *¡Pobre Madre!* por José Rosas.— *Mis hijos*, por Ramón Rodríguez Rivera.— *Notas estéticas (continuación)*, por Gustavo A. Baz.— *Varietades: Cambio de domicilio. Exposición de flores en San Angel. De actualidad. Baile de fantasía. Nuevos focos de luz eléctrica. Teatro Nacional. Triunfo de la moda inglesa.— Explicación de las ilustraciones.— Anuncios.*

**ILUSTRACIONES:**— Estados Unidos del Norte. Puente y cascadas de Portage.— Islas Británicas. Calzada de los Gigantes.— Pesca de la ballena.— Últimos momentos de un incrédulo.

## LA MUJER.

## CONTESTACIÓN A UN AMIGO.

Querido amigo:

La primera carta produjo en tu ánimo la impresión que yo deseaba, y si no en lo absoluto, sí en lo relativo, veo que estás dispuesto á convenir con algunas de mis apreciaciones acerca del asunto en cuestión. Esto ya es un buen principio, y casi estoy por creer que al llegar al término de nuestra discusión, estaremos enteramente acordes en nuestro modo de pensar, como lo estuvimos antes de que tu alma impresionable apurara las primeras gotas de hiel en que mojaste tu pluma para escribirme la carta que tanta pena me causó.

Estamos, pues, conformes en que una de las circunstancias que influyen poderosamente para que la mujer sea mala ó buena, es la educación, y á este respecto te dije algo que tú has sabido apreciar con justicia. Veamos, pues, á la mujer en su estado de soltera, primer estudio que me propuse hacer.

Las inclinaciones de la humanidad son las mismas en todos tiempos y en todas circunstancias. La fisiología se ha encargado de probarnos que lo espiritual del sér está sujeto, en cierto modo, á las funciones orgánicas, y estas obedecen á las invariables leyes de la naturaleza; hé aquí el realismo. Pero tenemos, por otra parte, que el alma cuyas aspiraciones tienden á perfeccionarse, busca sus goces fuera de los límites de la materia, y así como la higiene contribuye al desarrollo físico, el estudio contribuye al moral; llega un tiempo en que uno y otro se colocan frente á frente, luchan, y de los resultados de ese combate depende las más veces el porvenir de la mujer.

Si los estudios á que la dedican desarrollan su inteligencia, vigorizan su espíritu y le enseñan la senda de virtud que debe seguir, su triunfo sobre el elemento material es inevitable; si por el contrario, su educación está plagada de superficialidades, si no ha leído sino versos y novelas ú obras que perviertan su corazón y la inclinen al mal, entonces, amigo mio, puede contar con pertenecer al número de los naufragos en los mares del mundo.

Ya te veo venir con el siguiente argumento: «Conozco mujeres que reciben brillante educación entre familias morales, y llegan á convertirse en ángeles caídos.» Yo también conozco algunas, pero en cambio conozco centenares que no son así.

Te concedo, pues, que la fuerza de tus argumentos descanse en la naturaleza de toda criatura; en la frivolidad, coquetismo, ligereza y vanidad que existe con abundancia en el sexo femenino; pero no me negarás que en el desarrollo de estos defectos capitales, tiene mucha parte la sociedad en general y los hombres en particular. La sociedad, porque no hace lo que debía en favor de la mujer; los hombres, porque las adulan, las engañan y las pierden.

Te dije en mi primera carta que dejaría yo de aplicar la historia en lo que atañe á la mujer, y me concretaría á tomar mis argumentos y pruebas del realismo que todos los días se nos presenta, ofreciéndonos mucho que ver y mucho que estudiar. Podrá ser que más adelante tengamos que reunir á autores más competentes que nosotros en la materia; pero por ahora hagimonos intérpretes de nuestras observaciones subjetivas.

La mujer, salvo algunas excepciones, llega á la edad núbil, pura, inclinada al bien y adornada con el casto velo del pudor, porque si hay madres que se desocultan de la honestidad y recato de sus hijas, la generalidad, en cambio, trata de hacer de ellas un dechado de virtudes.

Ahora bien, ¿quién es aquella joven que á los quince años no piensa en tener un novio, en realizar el primer sueño de amor que se ha anunciado en su alma por medio de emociones desconocidas para ella hasta entonces, y el cual le ha revelado muy al oído el secreto de que es mujer? Su inexperiencia de lo que es el mundo, su falta de instrucción acaso, y la misma necesidad que siente de amar sin darse cuenta de ello, hacen que con la confianza propia de la edad, busque, sin saberlo, entre lo que la rodea, aquello que su acalorada fantasía le ha obligado á concebir. Su mirada luminosa pide otra mirada, y este deseo se trasparenta al través del recato, su corazón palpitante pide otro corazón, y este deseo se trasparenta en el interés que le ha inspirado alguno, y que todavía no puede ocultar, porque le falta la diplomacia mujeril que se adquiere en la vida galante de los salones; y por último, se ha propuesto tener novio; sus amigas le tienen, ¿por qué ella ha de carecer de él? ¿Me das un deseo más pueril pero también más justo?

Hé aquí, pues, el momento del peligro, que es el momento de la elección. Ella carece todavía de esa doble vista que da el conocimiento práctico de las cosas; carece de desconfianza porque el desengaño no le ha arrebatado la primera ilusión, y carece, por último, de la energía necesaria para dominar aquel sentimiento que ha tomado la forma tangible de un hombre.

En derredor suyo sólo escucha frases galantes que halagan su vanidad; adulaciones que la hacen pensar en lo que antes tal vez no había pensado, y miradas que ella interpreta como la expresión sincera y noble de lo que ella misma siente. Aquella atmósfera la quema por la primera vez, la seduce, la rinde y la hace dar el primer paso en una pendiente resbaladiza. Si, por fortuna, en medio de ese maremagnum, halla el deseado novio, y él es tan novel como ella en materia de amores; si estos no pasan de un sueño sin consecuencias en el despertar, si ella no se ha olvidado de los deberes aprendidos al lado de una buena madre, y hasta ha tenido el tino de hacerle á esta madre sus confidencias, el primer escollo está salvado. Pero si por el contrario, le ha tocado en suerte elegir mal y dejarse deslumbrar por un calavera, y ha olvidado madre, educación, deberes y todo, con ciega confianza de que es amada sin serlo, ya puede contarse en el número de las víctimas, cuyo verdugo es el hombre, no lo dudes, por triste que sea confesarlo.

Pongo por ahora punto final á la presente, esperando seguir pronto el hilo de mis observaciones, y reservándome para hablarte algo también acerca de tu carta.

ANTONIO DE P. MORENO.

## ECOS DE ESPAÑA.

(ESCRITOS PARA «EL ALBUM DE LA MUJER».)



Suntuosa y brillante como ninguna ha sido la inauguración de nuestro Centro del Ejército y Armada.

Ocupa la Asociación el antiguo palacio de la Condesa de Montijo; en aquellas vastas estancias donde trascurriera la brillante juventud de la Emperatriz Eugenia, donde en animado corro se reunían un tiempo las aristocráticas jóvenes que hoy, ancianas ya, esperan pagar su tributo á la muerte en no lejano plazo; transformadas por la varita mágica del progreso, se arrojó en su seno la nueva generación; los valientes militares y bravos marinos, digno sostén de la Nación Española, que hermanadas fraternalmente realizan una de las más poderosas aspiraciones de nuestro siglo, encarnando su verdadero espíritu, el de la asociación.

La corte no posee un local más aristocráticamente decorado, más vasto y bello, así lo confesaban cuantos asistieron á la inauguración, felicitando con tal motivo á los socios del Centro, galantes y deferentes en grado sumo con los invitados.

\* \* \*

En estos últimos días han llamado especialmente la atención por las calles de la heroica villa, los hermanos asilados en la fragata *Mazarredo*, surta en el puerto de Barcelona, y llegados á la corte con motivo de la procesión cívica del 2 de Mayo.

Después, los infantiles marineros han celebrado regatas en el estanque del Retiro, dando muestras de su intrepidez y gallardía, alcanzando nutridos aplausos de la numerosa concurrencia, y regalos de S. M. la Reina, presidente del Consejo y particulares.